

Pájaros de mal agüero

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 15.12.08

Lo normal en la recalentada Piel de Toro ha sido resolver los pleitos a bombazos, practicar la dialéctica del puño y las pistolas, frecuentar el fratricidio, abusar de la fuerza, confundir el reconocimiento del otro con la rendición. Los jóvenes no pueden saberlo por experiencia, pero los libros de historia, incluso los más idealistas, sea cual sea su color o su acento, lo reportan: sufrimiento, intolerancia, retraso y fanatismo fueron el pan de cada día en el pasado. Ni en estos treinta años de razonable democracia la paz ha sido completa: la siniestra ETA y los machos que matan a las mujeres son el vivo testimonio de un vicio español de pura cepa: el vicio del irredentismo.

El irredentismo consiste en despreciar lo que es posible para idealizar lo imposible. Se propone el irredentista imponer a machamartillo la propia verdad, arriesgando, si no la propia vida en el altar del sueño, sí la de los suyos y la hacienda familiar. El irredentismo está en el carlismo y en el anarquismo.

Está en el siniestro "¡Viva la muerte!" de Queipo de Llano y en el místico "Antes morir de pie que vivir de rodillas" de Pasionaria. Está - aunque servido con hielo y generosas raciones de sadismo-en la manera cómo el general Franco planeó la guerra: un lento desangrarse de los dos ejércitos, una verdadera torrefacción de España a fuego lento. Y está en la no menos fría conducción a la muerte de tantos soldados republicanos que impone el presidente Negrín estando ya la guerra perdida. Irredentista fue la batalla del Ebro: miles de adolescentes fríamente

sacrificados en vano. Lo fue aquel catolicismo que usaba el crucifijo como martillo de herejes. Y la propaganda radical que llevó, en la Barcelona de 1909, a los obreros a quemar conventos y a desenterrar monjas para vomitar el resentimiento social. Era irredentista el catalanismo (tan excitable como depresivo) de los años treinta, basta leer a Amadeu Hurtado para deducirlo. E irredentista fue el régimen de Franco: incapaz de ser generoso en la victoria, al condenar a media España al exilio exterior o interior, condenaba a España entera al retraso y al aislamiento.

El mito o vicio del irredentismo reverdeció hace ya unos diez años en todas las corrientes políticas al cumplir la democracia su mayoría de edad. Empezó el presidente Aznar a fantasear con la segunda transición. Acto seguido, todas las corrientes ideológicas y sus coros mediáticos se lanzaron a fantasear con la propia revisión: despreciando el consenso y excitando el instinto agresivo de sus clientelas. El irredentismo había vuelto. Y con él, pensamientos de gran altura como el clásico "Os vais a enterar de lo que vale un peine". De esta brillante manera entramos en los pantanosos tiempos de la recesión económica: dilapidando el capital de la estabilidad política.

Veinte años duró el espíritu de la transición. No era un espíritu dulce y moralista como el de la Navidad, sino de un realismo lúcido, casi desolado. No eran pocos los que también en aquellos años confundían, como ahora, la solidez de los principios con la testosterona. Odiaban a sus antagonistas, coqueteaban con las trincheras y traducían diálogo por amaneramiento.

Las peores tradiciones españolas estaban muy vivas en la transición. Pero la vecindad con el horror contuvo el salvajismo y obligó a todo el mundo a pisar el freno. La democracia española pudo nacer gracias al freno. Yo todavía lo piso muy a fondo, y debo de estar muy en contradicción con la ola presente.

En efecto, son bastantes los lectores que me escriben indignados por mi retrato de Manuel Fraga del pasado viernes, en la columna "Entre bocazas anda el juego". No entienden que lo describa como un político de altura. Lo fue. Los antifranquistas lo sufrimos cuando era ministro de Franco. Pero (sin arrepentirse de nada, cierto) supo encauzar una derecha que estaba siendo tentada por un nuevo aventurismo autoritario. ¿Fue aquel ministro de Franco sincero al reconvertirse en un conservador a la inglesa, en redactor de la Constitución y en conductor del núcleo duro del franquismo hacia la democracia? Qué más da. Lo importante es que hizo lo que hizo. Y que todos ganamos con su decisión.

No es menos importante lo que hicieron los líderes de ERC. Y de mayor altura moral, pues durante cuarenta años sus siglas habían estado prohibidas. Observando que en los márgenes juveniles del catalanismo cundía el espejismo etarra, Colom y Carod-Rovira organizaron una estrategia para reintegrarlos en una vía pacifista y democrática hacia la independencia. Consiguieron apagar las brasas violentas. Este es el gran éxito de ERC, del que se beneficiaron Catalunya y España entera.

La aportación que hicieron Fraga y el partido de Tardà a la democracia es exactamente lo opuesto al irredentismo. Pues, si bien contribuyeron a consolidar el sistema liberal, no obtuvieron réditos políticos directos de

tal acción. Por eso, ahora, escuchando, en plena crisis económica, tantas frases salpimentadas de odio e irreductibilidad ("Muera el Borbón", "Tontos de los cojones", "Colgar a los nacionalistas de algún sitio") me vienen a la mente unos versos de un remoto poeta persa, Abu Nuwas, que, cansado del poder integrista de los árabes que se empeñaban en prohibir el vino e imponer sus rigores a todos los persas, escribía: "Maldice el negro cuervo de la separación, / allá por donde vuela es pájaro de mal agüero".